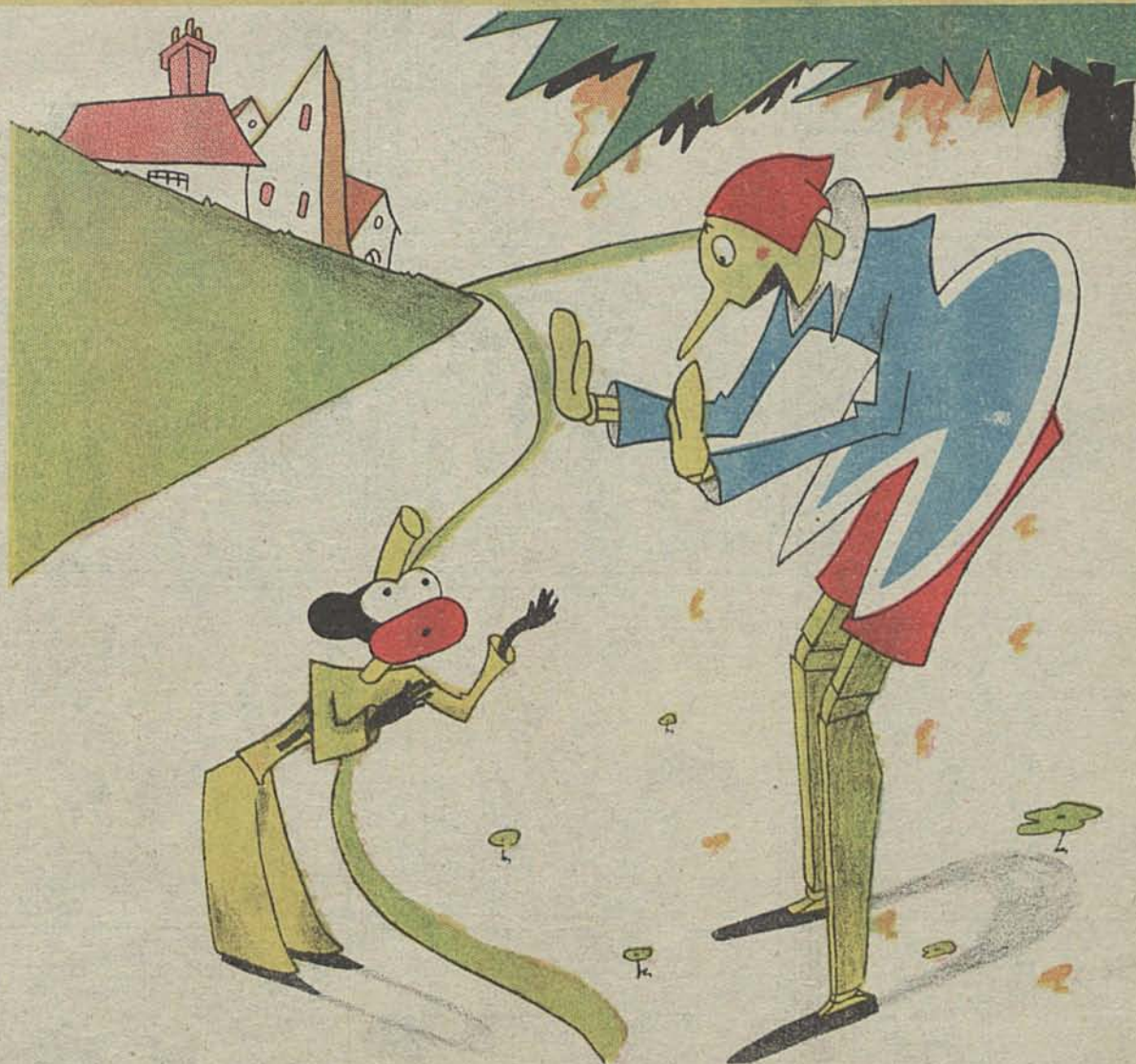


# PiNOCHO

AÑO VII  
NUM. 330

25 cts

14. JUNIO  
1931



- OYE CURRINCHE: ¿ME COMPRASTE LA ESPONJA QUE TE ENCARGUÉ?  
- ¡NO! PORQUE TODAS LAS QUE ME ENSEÑARON ESTABAN ESTROPEADAS  
- ¿QUÉ TENIAN?  
- ESTABAN LLENAS DE AGUJEROS!



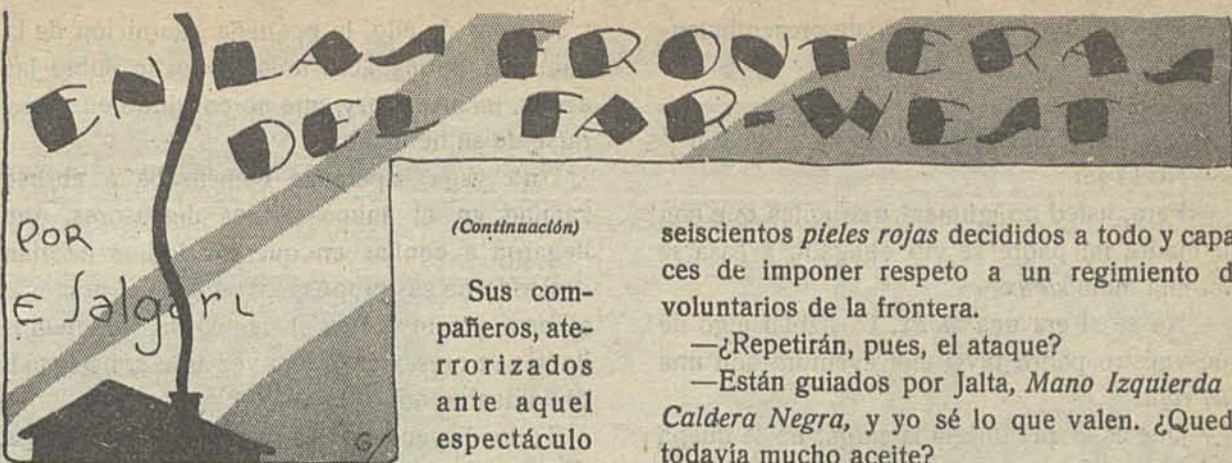
# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

Sus compañeros, aterrorizados ante aquel espectáculo y poseídos

de un pánico indescriptible, volvieron grupas y escaparon, dando rabiosos gritos.

El asalto había sido contenido por de pronto, y la hacienda puesta a salvo.

Pero ¿hasta cuándo?

## CAPÍTULO XI

### Los prisioneros

La carga furiosa de los indios, que parecía imposible de resistir, había tenido un fin bien funesto para los asaltantes.

El foso, con el cual no contaban y cuya anchura no permitía que le saltaran los caballos, y sobre todo aquella hirviente lluvia de aceite que había asado vivos a quince o veinte de los más valientes guerreros, les habían obligado a suspender el ataque.

La doble banda de los *sioux* y los *arrapahoes* se había replegado en manifiesto desorden hacia el pinar más cercano, para no exponerse a inútiles pérdidas.

Jalta, *Mano Izquierda*, *Caldera Negra* y *Nube Roja* habían sido los últimos en retirarse, y con un valor admirable resistieron los tiros de las gentes de la hacienda, siendo un verdadero milagro que no les alcanzasen.

—¿Creéis que volverán a la carga después de la dura lección que han recibido?—preguntó a John el hijo del coronel.

—Señor Devandel, se trata de quinientos o

seiscientos *pieles rojas* decididos a todo y capaces de imponer respeto a un regimiento de voluntarios de la frontera.

—¿Repetirán, pues, el ataque?

—Están guiados por Jalta, *Mano Izquierda* y *Caldera Negra*, y yo sé lo que valen. ¿Queda todavía mucho aceite?

—Cinco o seis barriles.

—¿Nada más?

—No.

—¡Veremos! Tal vez podamos defendernos dos o tres días, y en ese caso...

—¿Vendrá alguien en nuestra ayuda?

—¡Quién sabe!

De pronto, el *indian-agent* hizo un gesto.

—¿Qué pensáis?—le preguntó el hijo del coronel.

—Que antes de dejar a vuestro padre oí decir que el Gobierno había encargado al coronel Chivington de dar una batida en la pradera de Sanol Creek con los voluntarios del tercer regimiento del Colorado. ¿Habrá entrado en campaña, o se encontrará todavía al lado del Arkansas?

—¡Demasiado lejos de nosotros!—dijo el joven, dando un suspiro.

—Lo sé, señor Devandel; y si he dicho eso, no es porque espere el socorro del coronel, por más que no esté tan lejos como usted cree.

—¿Y tendremos que ceder ante el ímpetu de los *pieles rojas*?

—¡Quién sabe! Sobre eso no se ha dicho todavía la última palabra. Confíemos en Dios y en lo certero de nuestras armas.

—¿Conocéis a la mujer del manto blanco que dirigía la carga? ¡Decídmelo, John! ¿Y por qué los *sioux* van mandados por una mujer en lugar de un *sakem*?

—No lo sé. No conozco a los guerreros de las montañas.



—Sin embargo, tengo un triste presentimiento, John.

—¿Cuál?

—Que esa mujer es conocida de mi padre.

—No lo sé.

—Pero, usted no ignorará que antes que con mi madre mi padre se vió obligado a casarse con una india *síoux*.

—No sé si era una *síoux*. Oí hablar algo de que vuestro padre tuvo una aventura con una *piel roja*.

—Que es la que dirigía la carga; no le quepa duda, John. Como le he dicho, no temo por mí, sino por mi hermana.

—Antes de entrar aquí los *pieles rojas*, pisarán nuestros cadáveres. ¡Pero todavía estamos vivos!

—¡Si mi padre estuviera aquí con sus voluntarios...!

El *indian-agent* se asomó por la empalizada para ocultar su emoción.

Del foso salían tristes gemidos. Los fuertes guerreros de la pradera, acumulados entre el fango, se agitaban todavía en las últimas convulsiones de la muerte.

Sus estremecimientos imponían pavor. Los infelices se arrastraban por el lodo, cuya frescura aliviaba un tanto sus padecimientos, y se acurrucaban entre la hierba, lanzando verdaderos rugidos de lobo, iguales a los de estas fieras cuando se ven famélicas ante una res.

John cogió un rifle y dijo al hijo del coronel:

—¡Esperemos!

Retumbaba el trueno cada vez más intensamente y había comenzado a caer la lluvia, resonando con gran fuerza en las techumbres.

Los negros y mulatos habían puesto a cubierto sus rifles, por más que los tenían a la vista ante el temor de que los *pieles rojas* hicieran una nueva irrupción.

Los *pieles rojas*, en tanto, habían acampado bajo los pinos y encendido gigantescas hogueras, en las cuales asaban sin descuartizarlos varios de los muchos bueyes que habían sacrificado.

A pesar de ello, la pequeña guarnición de la hacienda permaneció toda la noche sobre las armas, incluso Mary, que no consintió en separarse de su hermano.

Una vaga esperanza comenzaba a abrirse camino en el ánimo de los defensores, que llegaron a confiar en que los indios habrían desistido de sus propósitos; pero a los primeros albos, y calmado ya el tiempo, los quinientos jinetes se presentaron otra vez ante la hacienda, divididos en dos columnas.

Todos llevaban en las manos grandes ramas de pino para arrojarlas de través en el foso, improvisando así un puente.

Al verles avanzar, el joven Devandel miró ansiosamente al *indian-agent*, que se mantenía apoyado en su rifle.

—¿Qué decís, John?

El gigante se limitó a contestar:

—¿Cuántos caballos tenéis en vuestras cuadras?

—Treinta.

—¿Fuerter?

—Y acostumbrados a grandes carreras.

—¿Tenéis cuerdas?

—Cuántas queráis.

—¿Y hachas y sierras?

—También. Pero ¿qué intentáis?

—Señor Devandel—dijo el gigante con voz grave—, si permanecemos aquí, antes de la noche nuestras cabelleras adornarán el escudo de esos perros. Ni el aceite ni nuestros rifles bastarán a contenerlos.

—¿Queréis intentar la fuga?

—Por sorpresa.

—¿Y cómo?

—¡Dejadme hacer a mí! Os dejo diez hombres, y tomo los otros diez con los dos cazadores. El negocio se hará en seguida, y antes que los indios se den cuenta de ello, todos estaremos libres.

—¿Y creéis que podremos atravesar esas dos columnas?

—Lo espero, si todo sale bien.

(Continuad en el próximo número).





# CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



## CONTINUACION

EN LOS INSTANTES DE OSCURIDAD HUBO TAL LLUVIA DE PUNETAZOS Y MAMPORROS QUE ALGUNOS VIERON LAS ESTRELLAS, EL SOL Y LA LUNA



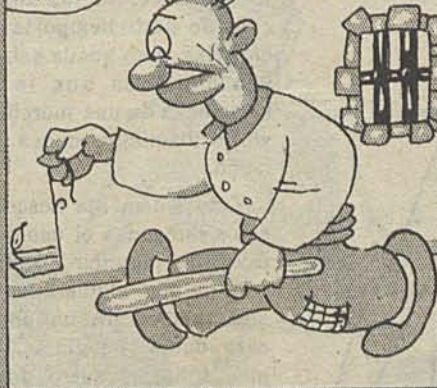
CUANDO SE ENCENDIÓ LA LUZ EL POBRE MAGO ESTABA K.O. Y CUCALÓN, QUE ERA EL QUE LE HABÍA DADO LOS PUNETAZOS LE DIJO: PERDONA, CHICO, PERO COMO NO SE VEÍA, CREÍ QUE ERAS PERICUELO.



PERO CHUFITA Y PERICUELO NO APARECIERON EN EL BARRIL. LA CÓLERA DE CUCALÓN FUE INDESCRIPCIÓN



PERO NI CON LA CÓLERA, NI CON EL CANDIL, NI CON EL GARROTE, CONSEGUÍA CUCALÓN ENCONTRARLOS. ¿SE LOS HABÍA TRAGADO LA TIERRA?



YA VEIS QUE NO SE LOS HABÍA TRAGADO NADIE. LOS DOS ESTABAN TAN TRANQUILOS JUGANDO A LA BRISCA COMO SI NINGÚN PELIGRO LES AMENAZASE



Y LO MÁS ASOMBROSO FUE QUE NI LA PRESENCIA DEL TERRIBLE CUCALÓN LES HIZO INMUTARSE LO MÁS MÍNIMO



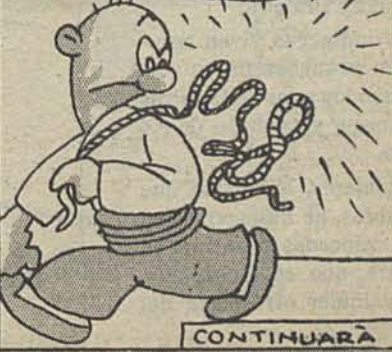
-NADA, NI NADIE OS PODRÁ SALVAR - DIJO CUCALÓN ATÁNDOLOS CON FUERTES LIGADURAS - Y OS SOMETERÉ A LOS TORMENTOS MÁS CRUELES - PERO CHUFITA Y PERICUELO SONREÍAN MEFISTOFÉLICAMENTE



-¡JA, JA! - RUGIÓ CUCALÓN ECHANDOSELOS A CUESTAS - AHORA VERÉIS QUE ALEGRE SE VA A PONER LA BRUJA ESTROPAJO CUANDO OS VEA



PERO, DE PRONTO, NOTÓ CUCALÓN QUE LAS CUERDAS SE AFLOJABA Y QUE CHUFITA Y PERICUELO SE EVAPORABAN EN EL AIRE COMO DOS POMPAS DE JABÓN. ¿QUÉ MISTERIO ERA AQUEL?



CONTINUARÁ





Ha llegado el aerobús pinochista a la gran isla (tan grande que se la llama continente) de Australia y navega en estos momentos por encima de la región habitada por los indígenas.

El sabio buho tiene la palabra. Los demás de la Gran familia pinochista escuchan con un silencio religioso tan solo interrumpido por el incesante roncarse de Tin y Ton que duermen en un rincón.

Los indígenas que pueblan esta parte de Australia—dice el buho—viven en un ambiente completamente natural. Quiero decir con esto que desconocen en absoluto el uso de vestidos.

Entre estas tribus se encuentran hombres soberbios, verdaderos gigantes que llegan a sobrepasar la altura de dos metros.

Se alimentan casi exclusivamente de pescado, que el mar les ofrece con una abundancia extraordinaria.

Ved—dice a los oyentes mostrándoles el dibujo que reproducimos en estas columnas, dos negros transportando una raya gigantesca cuya cola termina en un dardo que secreta un veneno muy virulento.

Estos indígenas viven agrupados en pequeñas tribus y se distinguen los unos de los otros por la forma y posición de los tatuajes.

Las mujeres, lo mismo que los hombres, se inflingen estas marcas colocadas lo mismo en el vientre, que en la espalda, o en cualquier otra parte del cuerpo.

Son tatuajes en relieve que a

## LOS SALVAJES ABORÍGENES de AUSTRALIA

nosotros nos parecerían horribles y repugnantes, pero ellos los consideran como adornos de la más refinada elegancia.

Para tatuarse se emplea el siguiente doloroso y cruel procedimiento. Se cortan la piel por medio de una concha de ostra preparada convenientemente, de forma que corta lo mismo que una hoja de afeitar.

Después de hecha la herida se la frotan con un fango que recoge del fondo del mar, entre las raíces de las algas. Al cabo de cierto tiempo, la herida cicatriza, pero queda sobre ella una hinchazón que le da la semejanza de una morcilla que ya no disminuye nunca de tamaño.

Y no solamente desconocen estos indígenas el uso de vestidos de ninguna clase, sino que ni aun siquiera el de la construcción de un abrigo o casa donde refugiarse. Duermen sobre el suelo desnudo, sin más techo que las estrellas. Hagamos constar que el frío no les molesta nunca y que además no llueve casi nunca.

El pescado por el cual demuestran más predilección es el «dugong», enorme cetáceo que pesa de 300 a 400 kilos y mide unos tres metros de longitud.

Cuando los indígenas descubren una banda de estos cetáceos echan al agua sus piraguas, que son simplemente troncos de árboles vaciados. Esperan el momento en que el «dugong» saca la cabeza para respirar y entonces se lanzan todos sobre él con sus lanzas y lo acribillan.







Cuando el animal ha sucumbido a las heridas, lo remolcan hasta la orilla y organizan alegres orgías.

La carne del cetáceo, que se parece en su sabor a la del buey y a la vez a la del puerco, la devoran en grandes cantidades, atracándose hasta coger indigestiones. El aceite del «dugong» lo conservan como precioso medicamento para curar enfermedades. Las tribus del interior se alimentan de jabalíes, canguros, avestruces y otros animales.

Los indígenas australianos desconocen el arco y la flecha como armas y emplean, en cambio, unos bastones de palo con doble filo, muy cortantes, y los lanzan a distancia con destreza extraordinaria.

Hay otras tribus que en cuanto a alimentación no rechazan nada. Y comen insectos, lagartos, serpientes, lagartijas, y todo, en fin, cuanto hallan a su alcance y es de carne.

Hay unas larvas de una mariposa nocturna que constituye para ellos un selectísimo plato. Todos los años organizan una gran fiesta religiosa en honor de estas larvas.

Otro insecto que les agrada muchísimo es el que ellos llaman «hormiga de la miel» porque segrega un líquido azucarado.

La manera de saborear este «néctar» es algo repugnante, pero por su interés no quiero pasarla por alto. El indígena coge al insecto entre tres dedos, lo somete a una dulce presión

sobre el abdomen y lo acerca a sus labios. El líquido que se escapa es un manjar delicadísimo para un negro australiano.

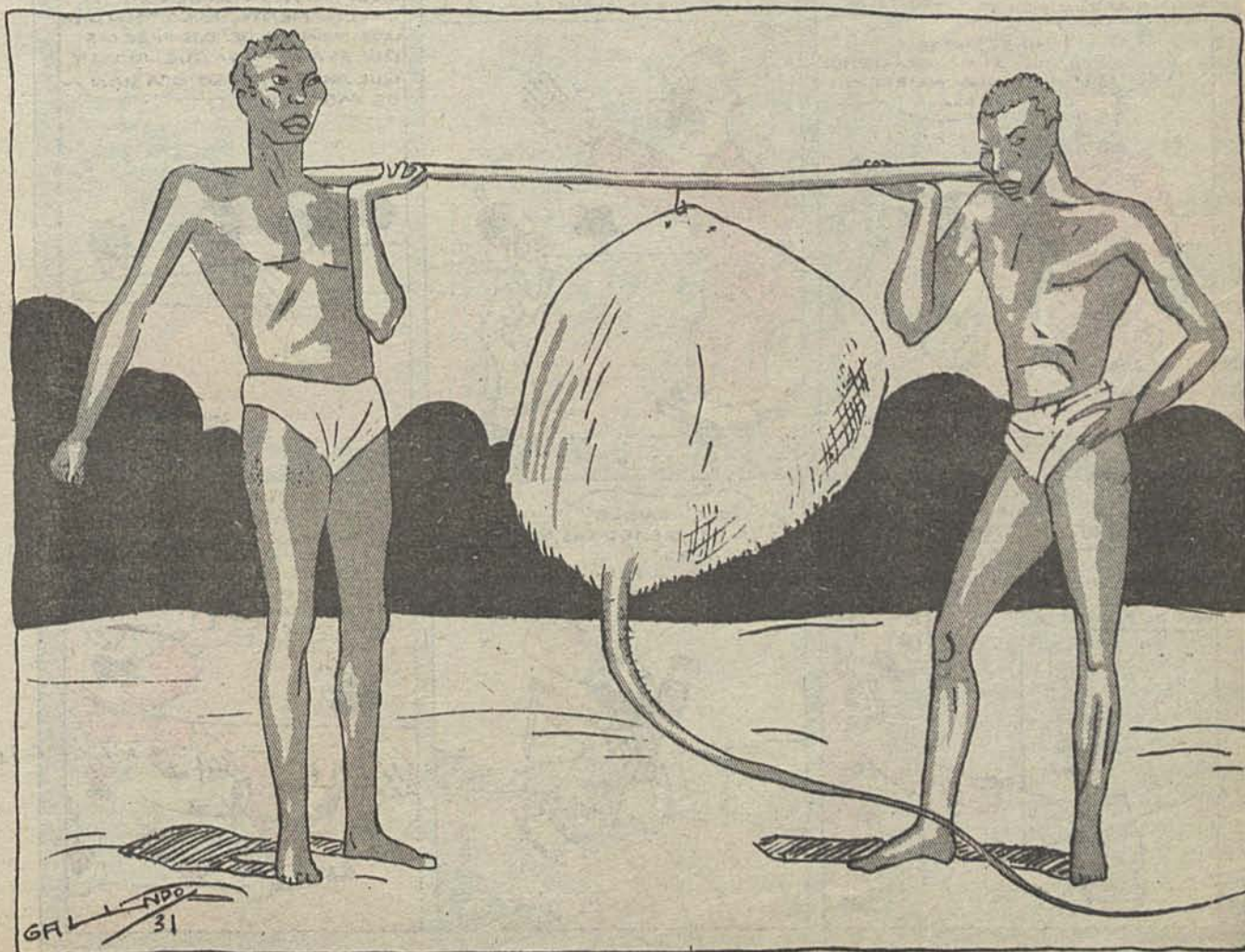
Aun cuando los primitivos indígenas de Australia fueron antropófagos, no lo son en la actualidad y desde luego el canibalismo, o sea el hecho de matar a un semejante para comerlo, no existe.

Sin embargo hay que hacer una salvedad que está obligada por un hecho de repugnante fanatismo. Este hecho es el siguiente: Cuando un guerrero muere en un combate con otra tribu enemiga se le considera como un ser que ha merecido la protección de sus dioses. A estos guerreros muertos en el campo de batalla se los comen asados con el fin de que su alma, según ellos creen, no se aparte de sus parientes y amigos.

—Vámonos de aquí, cuanto antes—exclamó Corretón mesándose las barbas y tiritando de miedo—. Si forzosamente tuviéramos que aterrizar nos iban a dorar en la parrilla como unos corderitos.

—¡Qué rico solomillo!—exclamaron Tin y Ton que ya se habían despertado—. Con salsa de mostaza y dinamita estaría riquísimo.

Salió Corretón en busca de un GARROTE pero cuando volvió ya se habían escondido Tin y Ton quién sabe dónde, porque ni el Capitán ni el Inspector los hallaron por parte alguna.







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

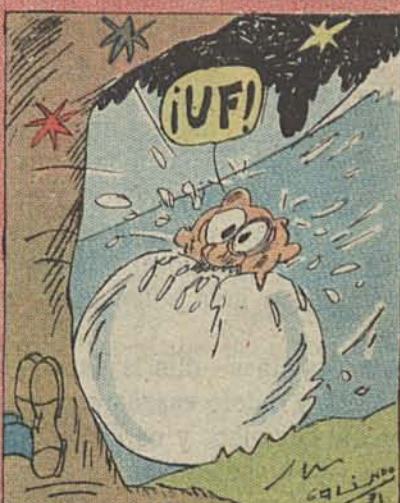






# CHACOLIN Y

# SUS COMPINCHES





# CUENTOS DE CALLEJA

Cashillo

## EL HADA DE LA PINTURA

**E**STABAN Ángeles y Teresita, dos niñas preciosas a quienes estimo mucho por sus talentos y virtudes, pintando un cuadro que representaba una gallina que, desde el interior de un cesto que había elegido como nido, vigilaba unos lindos polluelos que saltaban de un lado para otro, se encaramaban sobre la vasija de agua o sacudían sus alitas como despidiéndose después de un largo sueño.

El cuadro estaba tan bien pintado, que parecía una escena viva, y en él no se sabía qué admirar más, si la corrección del dibujo o lo justo y brillante del colorido.

Quedó el cuadro sobre el caballete, muy cerca de la alcoba de las niñas, y aquella noche, cuando quedaron dormidos, oyeron entre sueños un agradable cacareo. Abrieron los ojos, y a la indecisa luz de la lamparilla vieron que del cuadro había bajado la gallina, y que con sus pollitos andaba picoteando por la alfombra del gabinete. Pero el animalito, conforme se acercaba a la alcoba, iba adquiriendo mayores proporciones y tomando nueva forma, hasta que, por fin, se convirtió en una espléndida matrona vestida con una túnica de colores muy vivos, mientras los polluelos se convertían en encantadores pajecillos. El cuadro se convirtió en dosel, y la cesta en espléndido sillón, donde con gran solemnidad tomó asiento la dama.

—Hermosas niñas—dijo la dama—yo soy el hada de la pintura, y quiero enseñaros las maravillas de mi reino. Venid conmigo, y os asombraréis ante las bellezas que vais a contemplar.

Levantóse de su asiento, y acercándose a las niñas las impuso la mano en los hombros, y al punto

brotaron de ellos magníficas alas blancas con reflejos de rosa. Corrióse el techo, dejando al descubierto el cielo iluminado por la luna, y todos, tendiendo las alas, remontaron el vuelo por el espacio. Subieron muy alto; tanto, que por fin abandonaron la noche, encontrándose en pleno sol. Allí les escoltó una incontable bandada de mariposas de doradas alas cubiertas de polvos de brillantes; un esfuerzo más, y penetraron en los dominios del hada.

Atravesaron parques, jardines, hasta llegar a un magnífico palacio de mármoles y jaspes, cuya techumbre de plata producía brillantes reflejos. Posáronse como palomas en la amplia escalinata, y guiadas por el hada penetraron en la rotonda del palacio. Allí estaban coleccionadas todas las obras del pincel, del lápiz y de la pluma, desde las más hermosas creaciones de Velázquez y Murillo, hasta esos informes garabatos que los niños se entretienen en hacer en las portadas de los libros. Terminada la visita, regaló el hada a las niñas una paleta, un pincel y un tubo de colores.

—Siempre que me necesitéis—les dijo—sacad esta paleta y frotadla con el pincel; si el caso fuera urgente, vaciad un poco de color, y al punto me tendréis a vuestro lado.

Quando despertaron a la mañana siguiente Ángeles y Teresita, se encontraron en su cama y que el sol inundaba la habitación, por lo cual juzgaron que era un sueño lo que les había ocurrido; más cuál no sería su sorpresa cuando vieron sobre la cama la paleta, el pincel y el tubo de color. Miráronse ambas sorprendidas. Instintivamente se acercaron al cuadro, viendo en su sitio a la gallina y los polluelos; pero creyeron percibir en la mirada del animalito una expresión







irónica. Por este tiempo se había anunciado que aquella joven que pintara mejor el retrato del Rey recibiría como premio a su habilidad un importante regalo, que habría de ser su dote. Vivían en la misma casa de estas niñas dos familias, cada una de las cuales tenía una hija aficionada al arte de la pintura; una de ellas se llamaba Tecla, y era delgada como un alambre y envidiosa como ella sola. La otra se llamaba Cucufata, pesaba once arrobas y era tan presumida como necia.

—Verán ustedes—decía Tecla a sus papás—qué retrato estoy pintando. Como ya saben ustedes que tenía hecho el de la Reina, le he puesto bigote y perilla, y ya tenemos al Rey retratado.

Y, en efecto, aquel adefesio se ostentaba en un espléndido marco dorado, digno, por cierto, de un cuadro mejor.

Cucufata había pintado una especie de bodegón, pues la carne era verde calabaza, los ojos dos higos, las narices una alcachofa, y los labios un tomate.

—Me parece — decía — que está muy propio, y casi se le oye hablar, y hasta da ganas de comérselo.

—¿Lo dice usted por los higos, o por los tomates?—dijo don Pepe, que era un guasón de siete suelas.

—¿Le parece a usted que le pongamos un velo?—dijo Cucufata.

—No un velo, sino media docena de velos, porque es lástima que esa joya se estropee mirándola.

Llegó el día del concurso, y se procedió a la exhibición de los cuadros.

En uno de los más oscuros rincones de la sala había un cuadro de pobre marco, fruto del trabajo de Ángeles y Teresita. Era el mejor; pero Cucufata y Tecla, despechadas al ver el mérito incuestionable de aquella obra, aprovecharon un descuido, y con una gran brocha cubrieron de negro el cuadro. ¡Qué

horrible decepción! Después de tantos afanes, una mano criminal, destruía en un momento la labor de dos meses. Impresionadas las niñas ante aquella irreparable desgracia, rompieron a llorar con amargo desconsuelo. En tal apuro acordáronse de su amiga el hada de la pintura, y cogiendo el tubo de color, vaciaron sobre la paleta la mitad de su contenido. Ya iba el Jurado a entrar, y, por consiguiente, a perder el premio

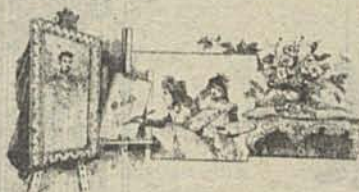
las niñas, cuando el hada apareció a su lado, visible sólo para ellas, y al ver su amarga pena las tranquilizó con una sonrisa, y cogiendo la paleta y el pincel, en poco más de un minuto rehizo el trabajo con tal finura, tan delicados matices, tanta verdad en la expresión y efecto tan maravilloso, que las niñas no pudieron contener un grito

de asombro. El hada fué borrándose lentamente, como un sueño que se disipa. Penetró el Jurado, y al dirigir la vista hacia aquel sitio, aquellos graves señores no pudieron contener la carcajada. Junto a sus dos adefesios estaban Cucufata y Tecla con la cara pintada de negro y amarillo. El hada había castigado de ese modo el inicuo proceder de las envidiosas. Se fueron a su casa llorando. El vecino don José, que bajaba la escalera dando el brazo a su esposa, logró reconocerlas debajo de aquella enorme capa de pintura, y en vez de compadecerlas, las dijo:

—Gracias a Dios que han pintado ustedes algo justo: que el negro es el color de la maldad, y el amarillo el de la envidia.

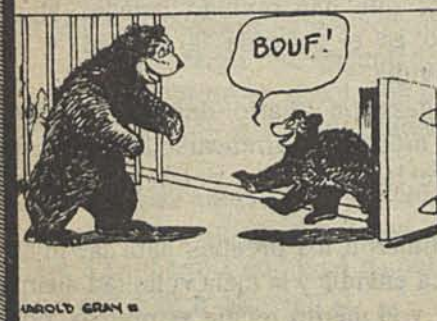
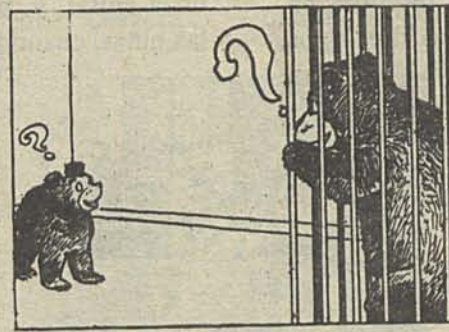
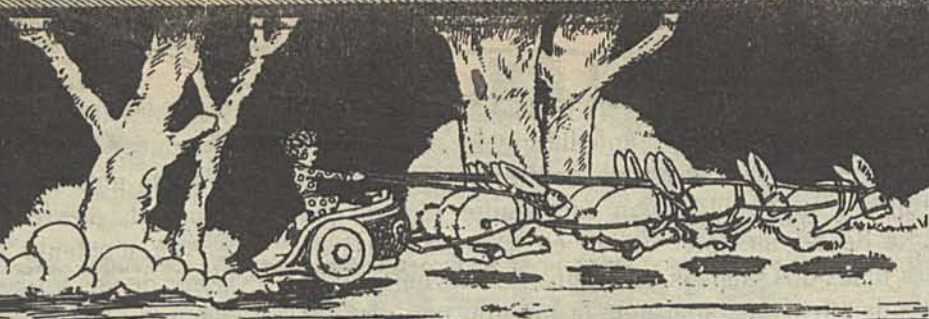
Las muchachas gastaron cuatro duros en piedra pómez y quince en arena para arrancarse la pintura y el pellejo, y siempre les quedó un colorcillo sospechoso.

Al día siguiente trajeron los premios para las hijas de don Bernardo. La envidia y la mala voluntad siempre son castigadas, y el mérito recibe el premio, por mucho que se esfuercen los malos en eclipsarlo.





# ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY

Rev. N.º 8, P.º 106 - Copyright 1939, by The Chicago Tribune



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



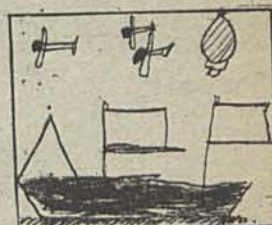
Un borracho  
René Somodevilla



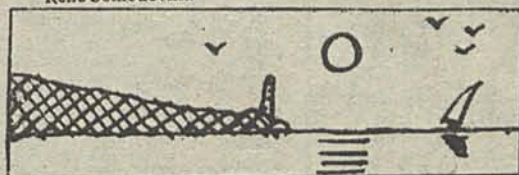
Pepín.—María Sesma



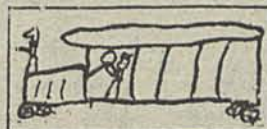
Nutemberg  
José Cotaelo



Marina.—Isido Thomé



Paisaje marino.—José M. Gil



Un auto.—Luis Holguín



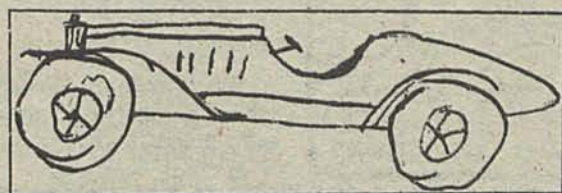
Una mesa  
Soledad Llana



Morrungus  
Amparo S. Miguel



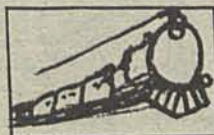
Don Turu  
Nicolás Perea



El auto de Pinocho.—Javier Pérez Bulbó



Anita buen corazón  
R. Ayllón



Tren.—José Manuel Gil



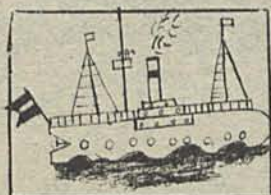
Mi tía  
M.ª Teresa Bodullo



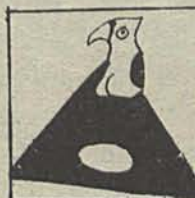
Castillo de los reyes  
Julito Fuentes



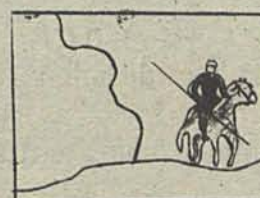
Pinocho y su casa  
Amparín Esteve



Un barco.—Juan Picazo



El cenicero de mi papá  
Margarita Villalonga



Paisaje  
Angel de San Segundo



Auto y casa de D. Turu  
Julio Fuentes



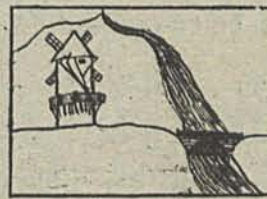
Velázquez  
M. de la Vega



Boxeador  
F. Minareto



El castillo de Pinocho  
Rosa Esteve



Paisaje.—Ramón Andrada



Mi perro.—Conchita López



Paraguas  
S. Marín



Jefe indígena  
J. de la Serna



España  
Ramón Varela



Caída al raso.—José L. Guerra



Mi casa de campo  
Enrique García



Pirula  
Milagritos Bolcochea



Mi tío Ricardo  
María Sesma



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL PERRO, LA VACA, EL PATO Y LA GALLINA



Una vez en tiempos de Gerundio XXV una gallina iba de paseo por las orillas de un lago.

Era una tarde límpida y alegre...

De repente la gallina dió un respingo. Vamos a explicar las causas de este respingo.

Al encuentro de la gallina había salido una tribu de ranas con muy malas intenciones.

Y la gallina se ocultó entre la maleza. Y al ocultarse se llevó otro susto porque estaban escondidos también un perro, una vaca, un pato y una gallina.

¿Sabéis vosotros dónde están escondidos todos estos animalitos?

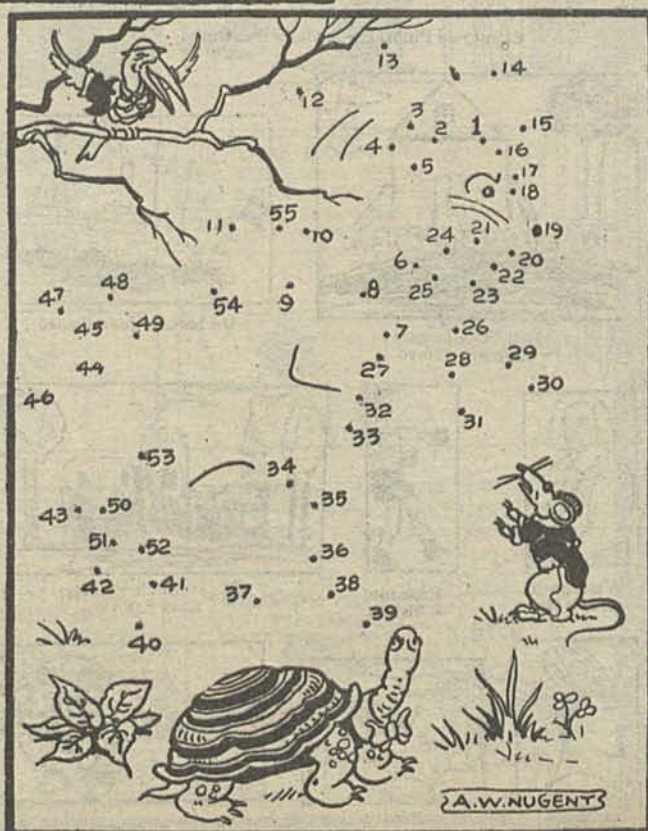
### ¡MIEDO!

¿Por qué tiemblan de miedo estos animalitos?

¿Por qué fruncen sus rostros con gestos tan extraños?

¿Por qué la inquietud aparece en cualquiera de sus movimientos?

Para averiguarlo tenéis que unir los números con líneas empezando—obvio es decirlo—en el número 1 y continuando por los siguientes números hasta el final.





## Concurso de problemas y pasatiempos :: del mes de Enero

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

- Primer premio.—María Sesma.  
Segundo premio.—Lourdes Bellver.  
Tercer premio.—Ramón Andrada.  
Cuarto premio.—Carlos Salvador.  
Quinto premio.—M.<sup>a</sup> Rosa Maní.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

José M.<sup>a</sup> Suárez, M.<sup>a</sup> Gloria García, Carlos García Marugán, Manuel Portilla, Evaristo Babé, Escuela de S. García, Pepe Alvarez, Luisito Vallana, Consuelo Tendero y Agustín Alvarez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

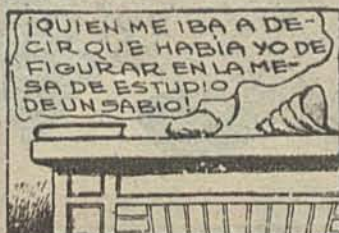
## Premios a la colaboración pinochista :: del mes de Enero

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

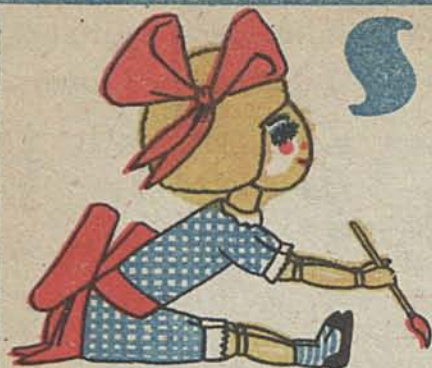
- Primer premio.—Agustín Beltrán.  
Segundo premio.—Eugenio E. Briz.  
Tercer premio.—Julia Amalia Usoz.  
Cuarto premio.—Salvador Pérez.  
Quinto premio.—José J. Díaz.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Paco Pino, Félix Vicente, Vicente Zalve, Francisco Galindo, Juan Trochut, Andresito Ruiz de la Rosa, Ramón Carazo, Manuel Lozano, R. Melero, Isidro Martín, Purita Hergueta, Angel Blasco y Carlos Torán.







# SECCIÓN PIRULIA

Charles de Pirula... tapicera

## Puriña, la mar y sus peces

Ya está Puriña borrando crucecitas—treinta trazó en una hoja de papel, el día primero de este mes—ya solo quedan quince, luego doce, ocho, cinco, tres,

una... ¡ninguna!

Ese día, Puriña ballará de alegría en el tren, porque será el día que, como todos los años, parta con sus papás al pueblecito de la costa gallega donde pasan los tres meses de calor.

Puriña no es de esas personas a quienes lo que más les gusta del bifecc son las patatas fritas, del teatro, los entre actos, y de la clase, las horas de recreo.

No, cuando está a la orilla del mar lo que la entusiasma es... el mar; el mar y sus peces y su playa y toda la pesca.

Digo bien toda la pesca, porque precisamente una de las distracciones favoritas de Puriña—además de los baños, los juegos en la arena, y el tumbarse para tostarse al sol—es la pesca.

Bueno, las cosas en su punto: Puriña, os lo advierto, no acostumbra a pescar con caña, como esos señores que se pasan las horas muertas—y silenciosas—sentados a la orilla de los ríos y a veces del mar también, esperando con santísima paciencia que algún pez incauto y goloso se enganche por la boca en el anzuelo, al querer comerse la mosca o la lombriz—vaya una riquísima golosina ¿eh?—que sirve de cebo.

Tampoco os vayáis a figurar que Puriña se va mar adentro, en una lancha, afrontando vientos y tempestades para echar una red tejida de bramantes en la cual apresa, en gran cantidad, los peces que luego se venden en el mercado del pueblo, como hace el viejo Santiago, un pescador que es gran amigo suyo y le cuenta cosas muy divertidas.

No, la pesca de Puriña es algo más modesta.

Utiliza, para llevarla a cabo, un artefacto compuesto de un palo, al extremo del cual pende una redcilla rodeada de un aro de alambre, semejante a las que tantas veces habréis utilizado en el campo para cazar mariposas.

Así armada, Puriña, descalza, salta entre rocas cual loca cabrita y coloca su red en los huecos en que el mar, al retirarse cuando baja la marea, ha dejado un poco de agua.

Y en esta agua, Puriña pesca—no siempre, claro está—unas quisquillas que luego presenta triunfalmente en la mesa, para que las vean sus papás.

Y no digo para que las coman porque las tales quisquillas suelen ser tan chiquirritinas que, después de mondadas, lo que queda apenas se distingue sin lupa.

Pero no se trata de proveer la mesa familiar de entremeses ¿verdad? sino simplemente de divertirse y Puriña se divierte de lo lindo con su pesca de quisquillas.

Claro que le gustaría pescar peces magníficos, pero el oficio apacible y silencioso de pescador de caña no es el más indicado para ella. El de pescador con red, menos todavía; Puriña prefiere contentarse con las quisquillas

con tal de poder agitarse y charlar por los codos cuando le viene en gana... y no tener que ir de noche a alta mar, como el viejo Santiago.

Afortunadamente, hay peces que una Pirulinda puede pescar sin molestia ni peligro. Por ejemplo, los de esta página, que son almohadones. O si preferís los almohadones de esta página que parecen peces.

Estos, ni siquiera se pescan; se confeccionan... si se es una Pirulinda bastante experta en costura, pues debo advertiros que no os los brindo como modelo de labor fácil.

Se hacen con un trozo de seda—la más adecuada es el tafetán porque es flexible y tiene cuerpo—, y otro exactamente igual de forma, pero que puede ser de una tela más modesta, sirve de forro.

Entre los dos se coloca una guatina, sujeta con unos pespuntos que sirven de adorno.

Estos almohadones deben estar muy poco rellenos para que queden bastante planos. (Además, si se rellenan mucho, podrían parecer ballenas).

También pueden no rellenarse y utilizarse como almohadillas para guardar pañuelos.

Uno de ellos es de tafetán azul con trozos de tafetán color café, incrustados.

Y el otro es de color café y tiene los pespuntos y las aletas azules.

Ni que decir tiene que si se hacen los dos en estos dos colores (o en otros colores, pero que sean dos solamente) se pueden utilizar para el adorno de cada uno, los recortes que sobren del otro.

Supongo que varias Pirulindas copiarán estos nuevos almohadones; pero, desde luego tengo la seguridad de que la primera en copiarlos, será Puriña.

Un día la oí decir: «¡Qué lástima que no pueda vivirse en el fondo del mar sin ahogarse!»

Esto lo dijo acabando de leer las maravillosas aventuras de «Pinocho en el fondo del mar» y porque sabe que en los abismos submarinos hay todo un mundo de maravilla, flores, plantas, ani-

males raros, de formas extrañas y colores preciosos.

Por todos estos motivos yo creo que el oficio más indicado para Puriña es el de buzo... o buza.

Recorrería los dominios del emperador Coralón; conocería a su hija la princesita Coralina...

¿Cómo que no los conoceis? ¡Pero si son hasta personajes de un cuento! El domingo que viene os lo contaré.

